

# La niña invisible

Puño

Ilustraciones  
de Marta Altés

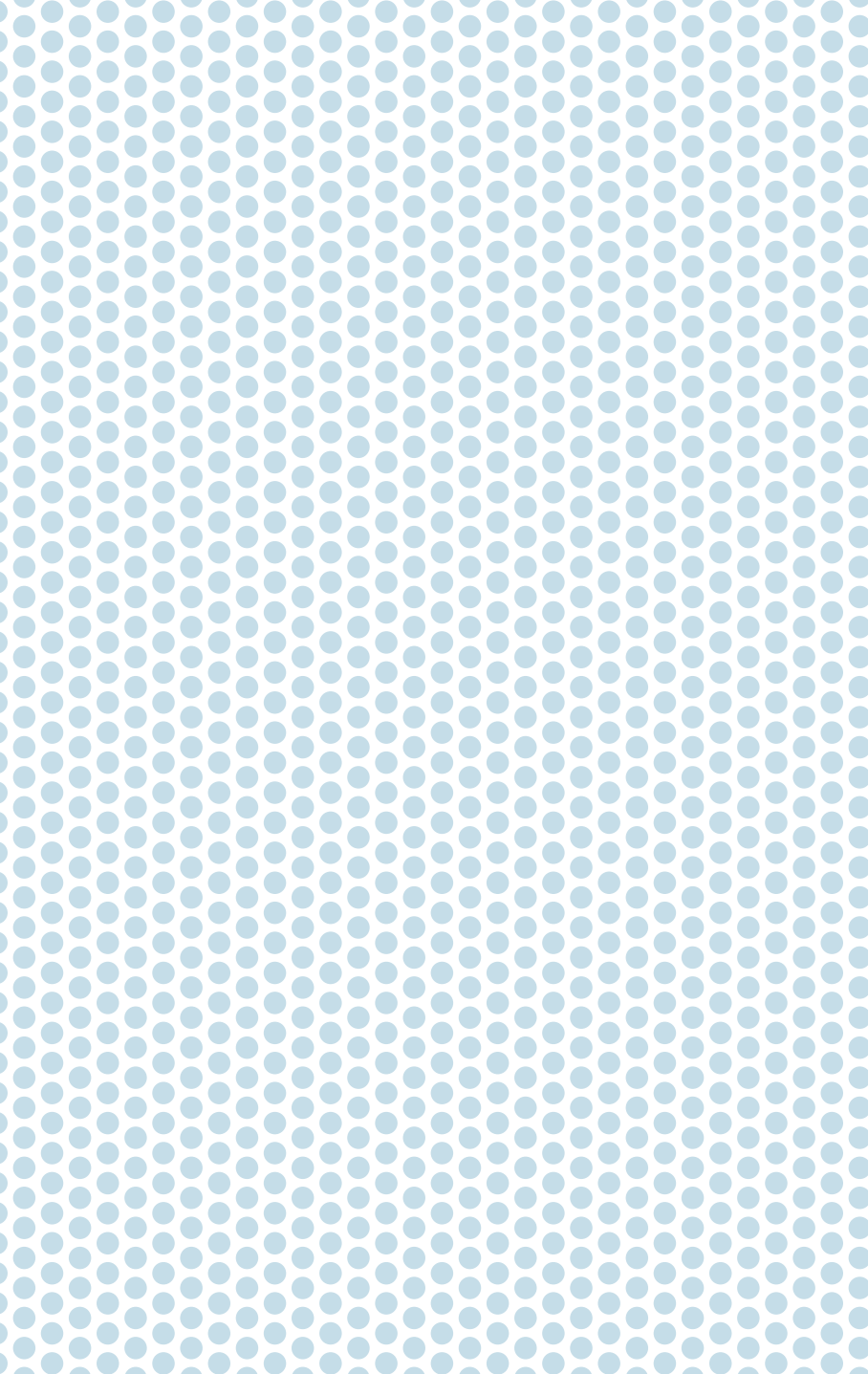


EL BARCO  
DE VAPOR



PREMIO  
EL BARCO  
DE VAPOR







EL BARCO  
DE VAPOR

# La niña invisible

Puño

PREMIO EL BARCO DE VAPOR 2018

Ilustraciones de Marta Altés



Primera edición: abril de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz  
Coordinación editorial: Berta Márquez  
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Puño (David Peña Toribio), 2018

© de las ilustraciones: Marta Altés, 2018

© Ediciones SM, 2018

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)

[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

#### ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

ISBN: 978-84-9107-684-1

Depósito legal: M-8974-2018

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Lucía, Alba, Yolanda y Matilde,  
mis niñas invisibles.*



# ● 1

CUANDO TROG DESPERTÓ, se encontró sola en la cueva.

Su familia ya se había levantado, y del fuego de la noche anterior apenas quedaban unas brasas. La hoguera moribunda todavía calentaba a la niña bajo el montón de pieles, del que solo asomaba su cara roja y redonda.

Notó que aquella mañana hacía menos frío que las anteriores. Desde donde dormían, cerca de la entrada de la caverna, Trog podía ver un trozo de cielo, azul por primera vez en muchas lunas.

Se incorporó, se desperezó y olisqueó el aire. Olía ya a tierra húmeda y a corteza de árbol, lo que significaba que el fin de la Nieve estaba cerca. Desde fuera llegaba también el rumor de las tareas diarias de la tribu y el canto de algún pájaro que celebraba la llegada de la nueva estación.

Un terrible rugido interrumpió los pensamientos de Trog: eran sus tripas, reclamando el desayuno.

De repente, notó un suave cosquilleo en su mejilla izquierda. Algo paseaba tranquilamente por su cara. Lo agarró con un gesto rápido y lo miró de cerca. Era una araña gorda, peluda y marrón, llena de ojos y de patas.

¡Menuda suerte!

Se la metió en la boca y la masticó con ganas. Estaba crujiente y jugosa. Era, sin duda, su premio por haber dormido hasta tan tarde.



ASOMÓ LA CABEZA AL EXTERIOR.

El sol había derretido un poco la nieve y el pasto verde asomaba a jirones en la llanura que se extendía al pie de la colina donde vivían. Frente a la entrada de la cueva, su madre avivaba el fuego con un abanico de hojas trenzadas; su padre ya estaba tallando unas piedras, pues era el mejor fabricante de herramientas de la tribu y le gustaba empezar bien temprano; sus hermanos volvían de recoger algunas cebollas para el desayuno.

Saludó a su familia:

–¡Ma, Pa, Rogl, Odi!

–¡Trog!

–¡Trog!

–¡Trog!

–¡Trog! –contestaron ellos sin interrumpir lo que estaban haciendo, pues aún no se habían

inventado los «buenos días», y en la tribu tenían por costumbre saludarse diciendo en voz alta el nombre del otro, porque los nombres los habían inventado hacía poco y les encantaba oírlos.

–El desayuno está casi listo –dijo su madre arrojando al fuego los bulbos que habían traído los mellizos.

Trog estaba harta de las cebollas. Si tan solo la dejaran explorar el bosque, podría encontrar otras cosas para comer, pero esta era una tarea que solo podían hacer los Invisibles. Y ella nunca sería una de ellos porque no podía hacer el Viaje. ¡Era injusto! Su padre y sus hermanos lo habían hecho, como el resto de hombres de la tribu, y ni siquiera se molestaban en ir a buscar un desayuno apetitoso. Si ella fuera Invisible, en lugar de las cebollas que crecían sin esfuerzo alrededor de la cueva, desayunarían todos los días orugas de las blancas y gordas llenas de líquido amarillo que hay debajo de las hojas más oscuras; caracoles jugosos de cáscara crujiente; larvas de escarabajos del fango; huevos de araña roja; algas de charco viejo, y más cosas verdaderamente sabrosas y nutritivas.

Sin esperar a que estuvieran listas, Rogl y Odi agarraron sus cebollas y se las comieron casi cru-



das, deleitándose. Trog no sabía si realmente les gustaban tanto o solo lo hacían para hacerla rabiar, pero lo cierto es que comían tanta cebolla que podían olerlos desde la otra punta del bosque. Con razón habían dejado de ir a cazar y a pescar: ¡olían tan fuerte que habían dejado de ser invisibles!

## ● 3

COMO ROGL Y ODI eran demasiado holgazanes para ir a cazar, la popularidad de la familia dentro de la tribu había decaído.

Solo se había salvado en parte gracias a que Pa había regalado un cuchillo de asta de ciervo y una flauta de hueso de buitre a Vern, quien cazaba lo suficiente para alimentar a casi toda la tribu, y en parte porque Trog era la alumna favorita de Groo, el hechicero.

Vern y Groo eran las personas más mayores y por esta razón dirigían el Consejo de la tribu, formado por todos los adultos Invisibles y donde se tomaban todas las decisiones importantes.

Pa se preocupaba por los mellizos: «¡Si al menos aprendieran a fabricar cosas, como yo!». Ma los disculpaba: «Es una etapa, ya se les pasará».

Todo había empezado a ir regular después de la Gran Mudanza.

Varias Nieves atrás, todas las familias vivían juntas en una sola cueva junto al río, en el mismo lugar que los abuelos de los abuelos de sus abuelos. Allí, a Rogl y Odi se les daba fenomenal arponear peces y lagartos, y, según Ma, todavía no estaban pasando ninguna etapa.

Pero un día el río se puso marrón y los árboles dejaron de dar fruta y ya no hubo más peces ni aves para comer, así que Vern y Groo reunieron al Consejo y decidieron que la tribu se mudaría a la colina.

A Trog y a Ma les pareció estupendo, pues ahora tenían una cueva para cada familia y casi no había mosquitos. Pa había encontrado nuevos materiales para tallar y, como cada vez veía peor de lejos, fue sustituyendo poco a poco el arco y las flechas por la maza y las piedras. En cambio, los mellizos no terminaban de adaptarse: se quejaban de que en la colina no había peces que arponear, pero Trog sospechaba que no era más que una excusa, y que en realidad les daba miedo el bosque.

AUNQUE VERN era el más anciano de la tribu, tampoco era tan viejo.

Nadie sabía exactamente cuántas Nieves había vivido, pero su pelo ni siquiera se había puesto gris, con excepción de un mechón blanco que surcaba su larga barba. Sencillamente no había nadie mayor que él o que Groo, pues ambos tenían más o menos la misma edad.

Además de haber visto derretirse muchas Nieves, Vern también era el que mejor cazaba. Gracias a él, la tribu había sobrevivido durante los tiempos difíciles, pues siempre traía las mejores piezas incluso cuando todo alimento parecía escasear. Esto era algo de lo que le gustaba presumir y, para recordárselo a los demás, no le hacía falta decir ni una palabra: su ropa, su pelo y su barba estaban decorados con todo tipo de huesos, colmi-

llos, garras y pezuñas de todos los animales que había cazado. Incluso había colocado sobre la entrada de su cueva el cráneo de un mamut con unos colmillos gigantes, lo que había provocado un acalorado debate en el Consejo, ya que el mamut lo habían cazado entre todos, pero él insistió en que había sido el líder de aquella partida de caza y, por lo tanto, tenía derecho a quedarse el cráneo. Nadie se atrevió a contestarle porque Vern era el líder de todas las partidas de caza.